



LA LOZÈRE, EL AVEYRON, LES GORGES DU TARN, LES GRANDS CAUSSES...

Un Viaje de Ion Ibáñez



1 – Inicio el viaje en Lautrec, tengo el primer contacto con el río Tarn en Albi y en Brousse le chateau. Comienzo el recorrido por les Grands Causses con la visita al Chaos de Montpellier le Vieux. Continúo por el valle de la Dourbie visitando: la Roque Ste Marguerite, Saint Véran, Cantobre y Saint Jean du Bruel.

2- Recorro la Causse de Larzac visitando: La Cavalerie y La Couvertoirade- prosigo el viaje por el valle de la Dourbie subiendo al Mont Aigoual. En Meyrueis inicio la ruta del valle de la Jonte visitando las aldeas de Rozier y Peyreleau. Doy un paseo por la Causse Noir y otro a la Rocher de Capluc. Comienzo la ruta por las Gorgues du Tarn visitando: les Vignes, Sévérac le Chateau y le Cirque des Baumes.

3 – Visito la aldea de La Malène al borde del Tarn. Subo a los panoramas de Roc des Hourtois y du Serre. Continúo por el Tarn visitando las aldeas de: Saint-Chély, Ste-Énimie, Prades, Castelbouc, Ispagnac, Quezac y Florac. Descubro la Corniche des Cévennes y sus panoramas. Retorno al Tarn y en Le Pont De Montvert me despido de este extraordinario río.

4 Atravesando Le Mont Lozère visito: La Garde Guerin, Castanet, un treking a la cima del Finiels 1699 mts, Mende y Marvejols. Por las tierras de Peyre explorando: la aldea de Le Malzieu y la bestia de Gévaudan. De ruta al río Lot sorprendiéndome con: Le Monastier, La Conourgue - entrando en el Aveyron y recorriendo el valle del Lot visitando Saint-Geniez-D'Olt.

5- Continúo por el valle del Lot asombrándome con: Ste-Eulalie-d'Olt, Saint-Côme-d'Olt, Espalion, Estaing, Entraygues-sur-Truyère - y abandonado el Lot mi destino es la increíble Conques. Después me adentro en el país de Quercy para hacer una visita a Figueac y seguido me dirijo al río Aveyron para conocer Villefranche de Rouergue.

6 – Remonto el Río Aveyron para contemplar la maravillosa Belcastel y en tierras de Rouergue visito Sauveterre de Rouergue y vuelvo al Aveyron para admirar Najac. Continúo entre los valles de Aveyron y Tarn descubriendo: Cordes sur Ciel, Castelnau-de-Montmiral, Puycelsi y regreso al Aveyron para despedirme del viaje en la bellísima Bruquinel.



Este es un viaje por uno de los lugares más deliciosos de Francia, un país de pequeñas carreteras, en el que cada descubrimiento se obtiene recorriendo emplazamientos naturales de excepción y de una magia cautivadora.

En la Lozère se encuentran las aisladas tierras altas de Cevennes y les Grands Causses. Los montes Aigoual y Lozère destacan por su mayor altura y sus grandes extensiones de macizos forestales, pero también con sus praderas y valles.

Les Causses, inmensas llanuras de prados sobre mesetas calcáreas con escasos núcleos de población, conforman un paisaje accidentado e independiente, un suelo cortado por profundos barrancos, cruzado por imponentes paredes y

surcado por extraordinarios torrentes que se alternan con valles sorprendentemente verdes.

El Tarn y sus afluentes recorren algunas de las gargantas más espectaculares de Francia, unas sucesiones de vertiginosos desfiladeros de serpenteos rocosos y surcados por carreteras con vistas panorámicas.

El Aveyron se extiende desde las montañas de Aubrac al Tarn, y es recorrido por los ríos Lot, Aveyron y Tarn a través de gargantas y valles con abundantes pueblecitos, situados en lugares encantadores, y que poseen esa autenticidad, esa pureza que los aproxima a la naturaleza.

Pueblos que han sabido conservar su alma y con un patrimonio natural y edificado, transmitido de generación en generación, como una herencia arquitectónica única, en un estado de conservación elevadísimo. Sus vecinos se esmeran en poner flores y decorar las estrechas calles, sus casas medievales muestran el amor que sus habitantes sienten por su entorno.



Recuerdo este viaje con la mirada de la memoria, una recopilación de textos del diario del viaje e imágenes que me provocan sueños que crecen en mi mente y mi alma.

Hoy me siento conducir entre el cielo, bosques y claros de insólita calma en un mundo limitado por profundos valles de verde intenso, rocosos acantilados de una altura desmesurada, que se elevan hacia el cielo con un impulso vertiginoso y violento. Campos cultivados bordean la carretera y se extienden hasta las tierras de pasto para ovejas y vacas en las laderas de las colinas cercanas.



Me siento caminar con el fresco abrazo del agua del río y el olor a humedad que emana de estos lugares, jamás me había parecido tan embriagador. Me tumbaba inmóvil y escuchaba el murmullo relajante de la corriente.

La maleza azotándose las piernas por los prados, con el sabor a hierba en la boca mientras miraba por encima de los campos de cultivos y los pastos hacia las montañas que dominaban el horizonte, elevándose en riscos cada vez más altos.

Después de que el sol se ocultase, me detenía contemplando el brillante cortejo de estrellas, que parecían al alcance de mi mano.

Este es un viaje para aquellos que aman la tranquilidad de los pequeños pueblos y los amplios horizontes... A los que la naturaleza les ofrece unos espectáculos impresionantes, en definitiva, aquellos que no han perdido la capacidad de la sorpresa, asombro y descubrimiento.

1 – Inicio el viaje en Lautrec, tengo el primer contacto con el río Tarn en Albi y en Brousse le chateau. Comienzo el recorrido por les Grands Causses con la visita al Chaos de Montpellier le Vieux. Continúo por el valle de la Dourbie visitando: la Roque Ste Marguerite, Saint Véran, Cantobre y Saint Jean du Bruel.

LAUTREC



Este es un antiguo pueblo medieval que conserva un bonito patrimonio arquitectónico, cultural y natural que le ha valido la entrada en el galardón de “les plus Beaux villages de France”.

El Pueblo seduce con sus bonitas callejuelas, su tranquilidad, sus antiguas casas de entramado de madera, la plaza central, les “halles” del s.XV. El encantador molino de viento encaramado en una colina, un lugar desde donde admiraba un atractivo paisaje de campos rotulados por cultivos. Estos fértiles campos manifiestan el carácter rural de esta población que conserva sus ancestrales tradiciones, ya que la industria y el turismo han hecho poco deterioro aquí.

Lautrec debe su historia medieval a la familia de vizcondes del mismo nombre (familia de la que desciende el pintor Toulouse Lautrec) y cuyo linaje fue fundado en 940. Los vizcondes de Lautrec dependían de los condes de Toulouse. Esta pequeña villa, colgada sobre una colina, fue refugio de los albigenses (cataros) y se convirtió en una notable fortaleza en el s.XII con una muralla y 8 puertas fortificadas erigidas alrededor de la pequeña aldea. Lautrec fue el principal núcleo de resistencia y refugio de toda la región durante la época medieval.

Esta encantadora aldea dispone de una bonita área de AC, la aproximación por la carretera puede parecer lejana al núcleo de la villa, pero desde el área y a pie por una pista peatonal, tardé solo unos pocos minutos en llegar a esta hermosa aldea.



Irrumpí en un laberinto fascinante de callejones, fachadas de casas entramadas y realzadas con las bellas formas que dibujaban su relleno de ladrillos.

Las viviendas reposan sobre añejas vigas de aspecto pétreo y negro, como fosilizado por el tiempo, creando unos interesantes soportales que me permitían pasear a la sombra en este caluroso día.

Un agradable paseo por las antiguas calles empedradas y sobre la plaza central, donde se ubica el antiguo mercado, me permitía admirar el encanto natural de aquello que ha sabido ser celosamente conservado y cuidado... una muestra del amor por su entorno.

La aldea conserva su espíritu, su alma ancestral y la muestra con toda la sinceridad en sus callejuelas. Serpenteantes callejones en las que se mezclan estupendas casas, con otras en una situación precaria y de un atractivo abandono.

Fuera de la población, ahí donde esta se funde con los campos, se perciben los vestigios de las fortificaciones del s.XII. Paseaba sobre el césped, al pie de los restos de los lienzos de las murallas, advirtiéndome como las viviendas se han abierto paso con ventanas a través de los muros. En algunos puntos todavía resulta imponente en su robustez mientras que en otros aparecía en un ruinoso estado erosionado por el tiempo y por una larga historia. La puerta amurallada Caussade aparece como un recuerdo del carácter defensivo de esta población.















Desde la plaza del s.XVI comencé la ascensión del calvario de la Salette. Recorría callejones adoquinados y empinados que me llevaban a una zona ajardinada con bellas flores ornamentales, que lucían sus colores en todo su esplendor, dibujando con orgullo la bandera del país de Occitania. Lugares de reposo me rodeaban... y encaramado sobre la ladera de la colina se encuentra el molino de viento, molino que aun funciona en ocasiones especiales.

Continué, la pequeña ascensión, recorriendo pequeños senderos delimitados por setos de boj y atravesando un pequeño bosque llegué a lo alto de la colina, lugar donde se encontraba el castillo, hoy desaparecido. Desde este lugar descubría el entorno maravilloso que me rodeaba. La vista espectacular se extendía, bajo un cielo limpio terso y de color zafiro, desde los tejados de la ciudad a una tierra de fértiles campos de pastos y cultivos coloreados en diferentes tonos de verde y amarillos pastel que me recordaban a una forma textil.

En esta llanura inmensa destacan, elevándose en el horizonte, las montañas de Lacaume y al sur la montaña Noire, un magnifico paisaje armonioso y tranquilo.

Sentado, al pie de la cruz que corona la cima, sentía el sol sobre mi piel acariciada por una suave brisa y la calma de la naturaleza que me rodeaba.





La villa se anima el primer viernes de agosto con la fiesta del ajo rosa, una fiesta que gira alrededor de este producto tradicional de Lautrec y que posee denominación de origen.

Era una fiesta sencilla, con comida popular, originales y tradicionales juegos infantiles, mercado y concursos de cocina cuyo condimento principal es el ajo y a la noche unos bailables. Todo ello tenía un cierto carácter y un estilo que me recordaba a antiguos films de los años 50.

Recorría una villa, en la que en el aire flotaba un extraño aroma a ajo, en la que curiosamente aun con la fiesta no perdía su esencia serena, y en algunos lugares seguía reinando un silencio casi absoluto.

La Manouille es el nombre de las ristras hechas a mano de ajos de Lautrec, sobre una tarima realizaban una demostración del artesano trabajo. Recuerdo de niño haberlos visto a menudo, pero hasta este momento nunca me había imaginado el trabajo hipnótico de este arte (si no fuera por la peste a ajo...).

Según dice la publicidad, "el ajo rosa tiene un sabor y un sutil aroma que permite utilizarlo en todos los platos"... Terminado el concurso de comida y terminada la labor de los jueces se repartió entre el público los platos cocinados... y su sabor era de un desagradable...





ALBI



Aunque no fue un centro importante de Cataros, Albi dio nombre tanto a la herejía “Albigense” como a la cruzada en su contra con un objetivo político concreto, la conquista del condado independiente de Toulouse.

Hoy la ciudad “Albi la rouge”, llamada así por la tonalidad dominante de los ladrillos con los que está construida, reposa en los márgenes del río Tarn reflejando su bella imagen en el verde esmeralda del río.

El elemento más representativo de esta bella ciudad es su catedral, se impone a la vista su extraordinaria silueta con su gigantesco volumen cúbico, a cuyo lado la población empequeñece. Una gran estructura a todas luces maciza y con una belleza que se sale de lo común admirando el tamaño, la audacia de la construcción y el elemento usado, el ladrillo.

El área de Ac se encontraba al pie de esta obra, en un gran parquin escalonado, habiéndose reservado en la parte inferior una zona para las AC. La llegada la realicé contorneando la catedral y cuya primera imagen me resultó vertiginosa al dirigir la vista hacia arriba, desde la base de sus muros.





Construida en el s. XIII como catedral fortaleza (terminada la cruzada contra la herejía albigense el catolicismo quería dejar constancia de su poderío y fuerza) su imponente estructura exterior me recordaba a la de un castillo de altísimos muros. Su aspecto macizo y una absoluta sencillez exterior me impresionaba a esta escala y que formaba junto al antiguo palacio fortaleza “la Berbie” una unidad impresionante y única, siendo uno de los mayores conjuntos monumentales de ladrillo del mundo.

Sobre sus muros de más de 30 m de alto destaca su única y alta torre de casi 80 m de altura y que constituye toda una gran obra de ingeniería arquitectónica para soportar con ladrillos todo el peso de la torre.

En este espléndido muro de ladrillo destaca la entrada principal a la catedral con un baldaquino de piedra ricamente labrado en estilo flamígera del s. XVI.





El interior, una nave salón de colosales proporciones, está decorado con pinturas bellamente coloreadas en techos y paredes, un artístico coro y un importante órgano. Detalles que no podía percibir bien debido a la penumbra de su interior, a causa de la poca luz natural que penetraba por sus pequeñas ventanas.

Saliendo de la catedral bordeé todo su perímetro, hasta dar con la entrada y los escalones que bajaban al patio de “la Berbie”, otro espectacular conjunto de edificios y jardines. En este lugar hallé la oficina de turismo donde me agencí de folletos y la ruta informativa para la visita de la ciudad.

Constituyendo un conjunto con la catedral se encuentra este monumental y precioso edificio fortificado medieval, el palacio de la Berbie del s.XIII, es la antigua sede episcopal que forma un complejo de formas impresionantes y sobrias en las que destaca un poderoso castillo-torre de ladrillo rojo.

En este edificio se encuentra el museo de Toulouse-Lautrec, el pintor de Montmartre, y nacido en esta ciudad. Este museo acoge la colección más importante del artista con más de mil obras, referentes de sus distintas etapas y estilos con cientos de dibujos, carteles, cuadros, litografías desde los inicios hasta los últimos años de su corta vida.







Desde el patio del palacio se contemplaba un bello jardín de estilo francés ocupando el espacio de lo que fue el antiguo patio de armas. Descendí por unas escaleras que permitían acceder al antiguo camino de ronda de la fortaleza. Este era un sitio idílico y, aun con el turismo, el lugar invitaba a la serenidad, a hablar en susurros y contemplar el espléndido paisaje.

La muralla situada entre las antiguas torres de vigilancia, hoy convertidas en románticas pérgolas, me permitía descubrir una maravillosa vista del río Tarn con sus orillas, el puerto de las gabarras turísticas que surcan el Tarn, sus puentes, sus molinos y al otro lado del río el barrio de la Madeleine.

Junto a la belleza del paisaje este lugar también me informaba de la historia del Tarn en el desarrollo de la ciudad a través de paneles explicativos. Toda la visita de esta agradable ciudad se encontraba detallada por paneles informativos en varios idiomas, incluido el castellano.







Marché de este encantador lugar en busca del acceso al Pont Vieux construido en el s.XI. El camino hasta el puente me llevo a través de un interesante laberinto por las viejas calles que concurrían en este puente.

El Pont Vieux, de 151 m de largo, se construyó en 1040 (siendo uno de los más antiguos de Francia) para facilitar la unión y el desarrollo de la margen derecha, llamada el barrio del final del puente o el de la Madelaine. Las orillas del Tarn conocían ya una importante actividad comercial en el s. XI, este puente es el ejemplo de este auge y hasta finales del s. XVIII se mantuvo un floreciente comercio fluvial a través de gabarras.

Llegaba del río una brisa que ayudaba a remover un poco el aire sofocante y los quais y paseos, de aspecto tranquilo y sereno, permitían tumbarse sobre la hierba, hacer un picnic con soberbias vistas o simplemente descansar al sol.

El Pont Vieux es un lugar indispensable por sus excelentes vistas a ambas orillas del Tarn, las edificaciones de ladrillos rojos que parecían surgir desde el mismo río, antiguos molinos, esclusas y talleres fluviales.

Bancos de arena, con sus marismas y pequeños bosques, rompían la monotonía de la lámina verde del río y al cruzar el puente descubrí nuevas perspectivas de la catedral, la ciudad y el puente nuevo por el que posteriormente regresaría a la ciudad después de visitar el barrio de la Madeleine.







Cruzando el Pont Vieux alcancé el barrio de la Madeleine, y recorriendo este barrio en dirección al puente nuevo caminé entre los molinos aún existentes. Estos molinos estuvieron en uso hasta la década de los años 70, hoy una parte de estos edificios albergan el museo Lapérouse.

Al explorador francés Lapérouse nacido en Albi, por sus cualidades como marino y humanista el rey Luis XVI le confía una expedición científica alrededor del mundo. Durante tres años desarrollo un inmenso trabajo de investigación que acabo trágicamente en 1788 con el naufragio de los dos barcos, “la Boussole” y “la Astrolabe”, en las islas Salomón. Desaparecidos todos los miembros de la expedición, no es hasta el 1962 cuando se empiezan a encontrar restos de los barcos e indicios de lo que parecen campamentos de supervivientes. En las posteriores indagaciones no se han encontrado las causas de la desaparición de Lapérouse y sus acompañantes. El museo describe el itinerario del viaje, objetos encontrados en los naufragios, maquetas etc...

Al llegar al puente nuevo me sorprendí con una magnifica panorámica de Albi, una bella “postal” en la que aparecía el Tarn, el puente viejo y al fondo el viaducto ferroviario. La ciudad se encontraba repartida en ambas orillas y la catedral despuntaba sobre todo el conjunto.





De regreso al casco histórico recorrí los barrios de origen medieval que rodean a la catedral. El barrio del Castelvieil “el castillo viejo”, al pie de la torre de la catedral, es el origen de la ciudad de Albi y fue un burgo fortificado que conserva hoy numerosas callecitas y plazoletas.

El barrio de Castelnau, o barrio nuevo, se desarrolla en los s.XII y XIII, sus calles me revelaban bonitas casas medievales con entramados de madera, junto al típico ladrillo de Albi, y poseen voladizos que cuelgan sobre las estrechas calles. En este barrio están la casas natales de Toulouse Lautrec y el navegante Lapérouse.

El barrio de Saint Salvi tenía numerosas calles peatonales y es donde se encuentran la mayor actividad comercial con boutiques de ropas, tiendas de comida rápida y donde se ve el mayor movimiento de los habitantes de esta ciudad. También localicé casonas señoriales de los s.XVII y XVIII con entramados profusamente tallados y el campanario de la colegiata de San Salvi sobresaliendo entre las casas que la ocultan. Esta colegiata poseía un bello claustro.

El atardecer saturó de color fuego al ya rojizo Albi y al caer la noche me senté enfrente de la catedral, esta vez disfrutando de los brillos ambarinos que producían los potentes focos que la iluminaban. Al día siguiente, después de otro largo paseo por la ciudad, marché de Albi siguiendo el curso del río Tarn y llegué a la siguiente población.



BROUSSE LE CHATEAU



Remontando el Tarn me introduje en un aislado valle donde apareció, como testigo de otra época y abandonada por los avatares de la historia, esta bella aldea perteneciente a la categoría de “Les plus Beaux villages de France”.

Sobre un espolón rocoso, en las confluencias de los ríos Tarn y Alrance, se yergue el castillo fortaleza del s.IX sobre una pequeña aldea castigada por los cambios sociales de finales del s.XIX y que la sumieron en una lenta decadencia, en un abandono que la llevaba a la desaparición.

A partir de los años 60 un grupo de personalidades interesadas en la conservación de la vida rural y del patrimonio de la arquitectura local, fundó la asociación del Valle de la Amistad. Comprometidos en su salvación y adaptación a los nuevos tiempos, iniciaron la restauración del castillo y de las casas de la aldea.





La aldea se encuentra en un lugar privilegiado, en un entorno natural y sereno. Bonita, acogedora y con difíciles callejuelas pintorescas que transcurren entre casas bellamente restauradas y habitadas, junto a otras, que se conservan como unas admirables ruinas aún pendientes de restauración.

Los callejones me transportaban ahí y allá, por momentos desaparecían y se convertían en senderos que discurrían entre la vegetación y antiguos callejones con muros semiderruidos creciendo por doquier. Me aproximaba al antiguo camino de ronda del castillo del que sobresalían unas torres que delimitan unos bonitos jardines.

El castillo es un testigo mudo de una época en la que vivían enfrentados los diferentes caballeros de la zona, protegió ante las bandas de salteadores, dio seguridad a la población, luchó en la guerra de los cien años y en las guerras de religión.

El sol se ocultó rápidamente detrás de las altas colinas sumiendo al valle en un mar de oscuridad. La pernocta la hice en una explanada herbosa al lado del río Tarn, entre el puente y la población. El silencio solo era roto por el fluir del agua.

Con un soleado amanecer continué camino por una angosta carretera (parecía la vía de un antiguo ferrocarril) viaductos y estrechos túneles permitían vadear el Tarn. Y a través de sinuosas carreteras llegué a Millau.







Un ligero olor invade sus callejones, el olor a casa antigua... de madera envejecida, de pintura en las rehabilitadas y de humedad en las abandonadas.

Era un olor acogedor, que sabía a historia, vida y pasado de pequeñas poblaciones rurales adaptadas a paisajes históricamente alejados de importante núcleos urbanos. Lo que ha configurado una arquitectura de sus caseríos muy particular.





Recorriendo les Grands Causses

CHAOS DE MONTPELLIER LE VIEUX



Llegué a la población de Millau, una ciudad que se encuentra encajada entre las altas mesetas calizas de las Causses, y en la confluencia de los ríos Tarn y Dourbie.

Millau tiene una agradable pernocta pero, por ser la única de este tipo hasta pasadas las gargantas de Tarn, puede encontrarse fácilmente completa, aunque también hay numerosos campings. La población es sencilla y discreta, algunas bonitas plazas con terrazas, arboles, comercios y animaciones en general. Pero principalmente varias cadenas de supermercados que me permitieron abastecerme de gasoil y comida para superar las siguientes etapas del viaje entre poblaciones pequeñas y rurales.





La subida al Chaos de Montpellier le Vieux empieza en Millau con una fuerte subida en zigzag que ofrecía espectaculares vistas de Millau. El viaducto, una bella proeza de la ingeniería, sobresalía por encima del horizonte entre valles, bosques y colinas.

Siguiendo la señalización llegué al amplio parking del Chaos donde se encuentra el acceso a esta atracción. La visita es de pago y me dieron un plano con los diferentes recorridos, tiempos y dificultad, también vienen señalizados los lugares más vistosos y los puntos panorámicos. Para los más cómodos hay un pequeño tren que hace parte del recorrido, pero aconsejo realizar el circuito más largo, llevar agua y también algo de comida, para disfrutar sin prisas de este paseo.

El nombre de Montpellier le Vieux viene por analogía a causa de su aspecto con una gran ciudad en ruinas, este lugar se encontraba hasta 1870 oculto por un bosque impenetrable. Siendo considerado por los lugareños como una ciudad maldita habitada por el diablo.

El itinerario comienza atravesando las “calles” de piedras de extrañas formas, y alzadas hasta 50 metros de altura. Las rocas calcáreas, erosionadas por el tiempo, están circundadas por un espléndido paisaje natural de vistas insólitas, y envueltas en una mágica atmosfera.





Bajo un cielo que era de un azul de tan asombrosa claridad que hacía daño a los ojos, las rocas se alzaban a distintas alturas envueltas por una trama de densos follajes.





El sendero estaba acondicionado, en los lugares más difíciles, con escaleras y barandillas, pero conservando siempre un bonito aspecto natural. Caminaba entre bosques, arbustos... y los fantásticos olores que emitían las flores de lavanda, el tomillo, el enebro... por el sendero encontraba paneles informativos que describen la geología de estas mesetas, su formación... y los imaginativos y significativos nombres que reciben estas rocas: Puerta de Micenas, que por sus dimensiones y su altura del Arco de 12 metros es una de las más originales de Montpellier le Vieux, la Esfinge, el Elefante, Cocodrilo...

Este bello y asombroso sendero serpenteaba entre las rocas y me llevaba al lado de acantilados y altas paredes y me conducía a puntos de vista espectaculares como el Douminal, un torreón natural desde cuya plataforma se distinguían las paredes del cañón del Tarn y el valle de la Dourbie. También hallé unas bonitas vistas desde los miradores llamados “el Belvedere y les Rempart”. Las vistas, de estas extraordinarias mesetas áridas de piedra caliza de 850 metros de altura, se alternaban con panorámicas de valles sorprendentemente fértiles y verdes por donde discurren los ríos Dourbie, La Jonte, y el Tarn. Valles que recorreré en este estupendo viaje.







Recorriendo el Valle de la Dourbie

LA ROQUE STE MARGUERITE



Descendí, desde Montpellier le Vieux, por la misma ruta hacia el ancho valle de Millau y en la primera rotonda inicié el recorrido a través del valle de la Dourbie. Entre le Causse Noir y le Causse Larzac el río Dourbie ha excavado profundas gargantas y bellos valles. La Dourbie toma su fuente a 1300 metros en las alturas de los Cevennes, en el macizo del Aigoual y desemboca en Millau, en el Tarn después de 60 km de recorrido.

Atravesando zonas de camping, deportivas y de alquiler de Kayak, alcancé la primera población de importancia, La Roque Ste Marguerite. Este pueblo se encuentra enclavado en el corazón de un valle profundo que penetra en la Causse Noir y que lleva a la anteriormente visitada Montpellier le Vieux. La Roque Ste Marguerite se halla dominada por su castillo del s.17. Unas callejuelas, pintorescas y tortuosas típicas del valle, subían a la antigua explanada del castillo donde se encuentra su antigua capilla románica, hoy convertida en la iglesia del pueblo.









Desde el encantador y tranquilo lugar descubría una panorámica del pueblo y del valle de la Dourbie, con el río discurriendo plácidamente en su última etapa antes de unirse al Tarn.

Me aproximé a la orilla del río Dourbie y con el calzado “anfíbio” me introduje en sus aguas mansas y cristalinas. Sus riveras están delimitadas por amplias zonas boscosas que invitaban a tumbarse en sus prados o en las playas de guijarros. Estas playas de cantos rodados formaban pequeñas isletas que conservan todo el frescor de las aguas que discurren a su alrededor y desde este lugar contemplaba, a través de sus aguas diáfanas, el pasar de numerosas truchas.

Rincones encantadores y pintorescos emergían en este tranquilo paseo, donde el bosque que forma la última línea boscosa y vertical que baja de las paredes de les Causses se reflejaba en el tranquilo cauce.

Marché de este lugar continuando el viaje río arriba. Me detuve, en varias ocasiones, para contemplar algunos rincones especiales como el Moulin de Corps que se encuentra en un lugar encantador.







SAINT VÉRAN



Continuaba, por la carretera que discurría paralela a río y que franquea el Canyon de la Dourbie, flanqueado de unas bellas vistas del río. Abandoné la carretera para continuar por una pequeña pista, que surgió a mi izquierda, y que subía vertiginosamente por las paredes de la Causse Noir. La fuerte pendiente de unos 2km se hacía interminable, parecía subir al cielo, y la estrechez de la pista me obligaba a estar alerta de posibles cruces con otros vehículos. Sorprendentemente, por la estrechez del lugar, al llegar a la aldea hallé con un amplio parking a la sombra de unos ciruelos salvajes.

La población colgada de Saint Véran ocupa un sitio pintoresco y se adapta al borde de un altozano desde el que se dominaba, desde gran altura, las Gorges de la Dourbie. Saint Véran tiene la particularidad de haber sido capaz de mantener el encanto de la tradicional arquitectura rural del país de Causses.

La aldea se halla restaurada y unos pequeños caminos escarpados me conducían entre las vetustas casas que rodean un promontorio rocoso. Esta atalaya poseyó dos castillos de los que solo se conservan una torre y algunas paredes. El castillo perteneció al marqués de Montcalm, que murió en Quèbec – Canada, defendiéndola contra el asedio de los ingleses.











Paseaba por calles sin asfaltar que serpenteaban entre rocas y las casas esta pintoresca aldea disfrutando del silencio y de lo natural...no veía comercios, bares o restaurantes. Si no fuese por su estupenda conservación y restauración daría la impresión de encontrarme en una aldea fantasma.

El paisaje era sublime, la altura de la aldea me permitía contemplar unas vistas formidables del Vallée de la Dourbie. Las casas se fundían con las paredes de la Causse Noir, en una continuidad de piedras edificadas y sus similares, las piedras del acantilado.

El camino, pasado las ruinas del castillo, discurría entre rústicas paredes de piedra recubiertas de una pátina herbosa y me subía entre recovecos calcáreos, pequeños bosques y prados. Recuerdo que me gustaba porque tenían un olor, una fragancia de almizcle proveniente de cada matorral, una penetrante esencia de naturaleza salvaje.

Recolectaba bayas y ciruelas y, con una pequeña cosecha, me senté sobre un cercado de piedra para contemplar esta belleza, ahí donde el silencio imperante acrecentaba la atmosfera de misterio. El paisaje me dirigía la mirada desde los tejados de la rústica aldea a las lejanas perspectivas de montañas, bosques, valles.







CANTOBRE



Después de bajar la fuerte pendiente de Saint Véran continúe el viaje acompañado por la belleza de la Dourbie. Al poco brotó ante mí, encaramada sobre un altísimo acantilado, la aldea de Cantobre con su adorable imagen. La pequeña población medieval, levantada sobre la montaña, parecía una creación orgánica rodeada de bosques, paredes verticales y las sinuosas formas del río Dourbie que discurría límpido y apacible cercado por una bella y densa de foresta salvaje.

Me detuve al borde del río para contemplar la belleza que me rodeaba. Observaba el asombroso e increíble lugar donde se encuentra esta magnífica población, levantada en la roca a unos 550 metros a nivel del mar y a 100 metros de altura desde el río.

Cantobre se encuentra construida sobre un promontorio rocoso, en la confluencia del valle de Trévenzel y el de la Dourbie, con el río a sus pies. Su silueta es extraordinaria y merece su nombre “quant obra” que significa “que obra” o Cantobre. Me fascinaba la panorámica de la villa cuyas viviendas, construidas con la misma piedra, se confundían con las rocas a las que se aferraban y los hogares se asomaban al vacío de una forma vertiginosa.





A continuación, de este pequeño estado de embelesamiento, emprendí la ascensión por la carretera. En el camino hallé una indicación de parking que conducía a una amplia explanada, ideal para la pernocta. Me aproximé a la población y estacioné cerca de la aldea, en la carretera que se adentra en el valle de Trévenzel. Desde el vehículo tenía una bella perspectiva de la inconfundible imagen de esta aldea asentada sobre la roca, que sobresaliendo por encima de la copa de los árboles, parecía como colocada sobre un champiñón.

Franqueé la antigua puerta fortificada de la aldea y encontré un arcaico caserío. Una antigua población, en la que gracias a una adecuada y precisa rehabilitación, esta gradualmente ha recuperado su antiguo esplendor. Una magnificencia en la que se apiñaban casas perfectamente rehabilitadas junto a hermosas ruinas. Había una plaza, restaurantes, algún comercio, y paseos por bellas calles empedradas que me llevaban a bonitos miradores. Escaleras desgastadas que desaparecían en senderos rocosos y me trasladaban a las zonas más inhóspitas de la roca. Y miradores naturales desde los que observaba unas bellas vistas del valle de la Dourbie y del Trévenzel.

En el extremo de la meseta me acomodé a la sombra de un espolón rocoso que sobresalía del acantilado. Como en un nido de águila, la brisa me traía los perfumes de castaños, robles, hayas, pinos... Aves rapaces volaban entre les Causses de Larzac y la Causse Noir. El silencio acrecentaba estas sensaciones y el panorama que se admiraba era espectacular.







El castillo y la población fortificada de Cantobre son conocidos desde el s.XI, el conjunto fue construido por los señores de Cantobre que tenían fuertes vínculos con los caballeros templarios y sus numerosas posesiones en la Causse de Larzac (que visitare en este viaje) y recibieron la financiación para la edificación de la fortaleza en una posición estratégica para el control del valle.

Sufrió las guerras de religión, por su adhesión a la causa hugonote, siendo tomada por los católicos que la utilizaron como baluarte en la zona.

El castillo se degrada a partir del s.XVII, el señor de Cantobre es ajusticiado como un vulgar delincuente acusado de robos, asesinatos, violaciones... Y el castillo es demolido en su presencia, siendo con la revolución francesa cuando se pierde definitivamente el título de señores de Cantobre.

Al atardecer volví al espolón rocoso sobre el acantilado y mientras leía un libro disfrutaba de la puesta de sol. Las sombras avanzaban por el desierto valle, un silencio imperturbable ocupaba el espacio y el tiempo parecía detenerse. Y bajo la enojada bóveda del cielo nocturno, respirando la noche, sentí que me invadía una profunda calma.













SAINT JEAN DU BRUEL



Siguiendo el curso de la Dourbie y a poca distancia de Cantobre me encontré con esta pintoresca población, situada en un verde y rico valle atravesado por el río Dourbie.

Este bello pueblo se encuentra en el corazón de una escabrosa zona de difíciles comunicaciones como son el macizo del Cevennes, les Causse Noir y le Causse de Larzac, por lo que históricamente se ha convertido en un punto estratégico como enlace e intercambios en este cruce de provincias. Esta situación clave le aportó una gran riqueza y prosperidad comercial, pero también una larga historia marcada de conflictos y guerras como la cruzada albigense, las guerras de religión o conflictos con los caballeros templarios de las tierras de Larzac.

En 1560 el pueblo adoptó la reforma calvinista y en su enfrentamiento con el cardenal Richelieu provocó cruentas guerras, masacres y saqueos con los pueblos vecinos. Hasta el fin de la guerra y la revocación del edicto de Nantes por Richelieu (promulgado por Enrique IV que otorgaba libertad de culto) por lo que fue obligada a la conversión.





De los pueblos recorridos de la Dordogne, es en este lugar es donde encontré mayor actividad turística... restaurantes, comercios, tiendas y oficina de turismo. El paseo era agradable por calles que han sabido mantener el encanto de la arquitectura del país de les Causses.

La población tiene un notable patrimonio local, gracias al agua de la Dordogne, ya que muchas industrias se desarrollaron en su proximidad y hoy estas pintorescas calles llevan los nombres de las antiguas actividades que enriquecieron a la población. Disfrutaba de un tranquilo paseo por estrechas callejuelas que poseían nombres como tonelería, alfareros, cuchillería... descansaba del fuerte sol bajo el original mercado cubierto, reconstruido en el s.XVIII.

Saliendo del pueblo exploré el exuberante y rico campo que cercaba los arrabales de la aldea. Encontré hermosos paseos bucólicos entre rusticas paredes de piedra que bordeaban los cultivos y canales de agua, testigos de su antiguo recurso económico, el del comercio de animales, mulas, cabras, cerdos y ganado.

Volviendo a la Dordogne me senté al borde del río e introduje los pies en las aguas cristalinas y refrescantes y descansando en este lugar contemplaba el bello puente "le vieux pont" del s.XIII.

Abandoné la Causse de la Dordogne para visitar les Causses de Larzac y sus interesantes poblaciones templarias. Ascendí por una fuerte pendiente, desde la que contemplaba una bonita panorámica de la ubicación de la aldea de Saint Jean de Bruel rodeada por un amplio rico y verde valle.









